

de que habiendo tenido noticia de una conspiracion por medio del sacramento de la penitencia, no la habian revelado, y se los castigó con el suplicio de los mayores delincuentes. Todos los religiosos habian sido ya arrojados de Inglaterra, con prohibicion de volver á aquel reino, pena de la vida. Se los persiguió cruelmente despues de la conspiracion, y se cuentan mas de treinta sacerdotes, entre seculares y regulares, ingleses y estrangeros, que con este motivo espiraron á fuerza de tormentos. De este modo pudieron aplaudirse los protestantes del feliz éxito de las maniobras de que se valian para que el Rey aborreciese á los católicos. Hay muchos indicios por donde puede sospecharse que esta conjuracion habia sido dirigida secretamente por un ministro y algunos cortesanos de aquel Príncipe, para irritarle contra los de la comunión romana, á quienes no persiguia con todo el encarnizamiento que ellos deseaban.

8. Fundándose en este plan pérfido, cuyo objeto era infamar á los católicos y hacer que se los tuviese por unos malvados, traidores al Rey y al reino, se formó el famoso juramento del *Pleito homenaje*, que entendido al pie de la letra solo obligaba á la obediencia política y civil sin tocar á la fe ni al culto. Reducíase á reconocer á Jacobo por Rey legítimo de Inglaterra; á que el romano Pontífice carecia de derecho para destituirle, y para absolver á sus vasallos del juramento de fidelidad, y que debia obedecerse, sin embargo de cualquiera sentencia de excomunion y deposicion. Los católicos ingleses, á quienes se

pretendia obligar á que prestasen este juramento, opinaron con variedad sobre él; porque unos juzgaban que no contenia mas que los deberes indispensables de un vasallo para con su Soberano, y otros sospechaban que se ocultaba algun lazo debajo de una práctica desconocida á todos los Príncipes que reconocian al romano Pontífice por Cabeza de la Iglesia. Llegando á noticia de Paulo V la poca unión que reinaba entre ellos, dirigióles dos breves en menos de un año, prohibiéndoles estrechamente prestar el juramento exigido, pues no dudaba que todo era un artificio para que reconociesen la supremacía anglicana, con pretesto de asegurarse de su fidelidad. Confirmóle en esta persuasion la conducta del archipreste Blakwel, que era el gefe que les habia dado Clemente VIII con facultades muy estensas. Despues de haberse declarado á favor del juramento aquel viejo que tenia ya un pie en la sepultura, habia caido en la apostasia, no honrando ya en público las santas imágenes, ni practicando ningun otro egercicio propio de la Religion católica.

Los que se negaron á prestar el juramento fueron tratados con un rigor extraordinario, porque la diversidad de opiniones y de conducta en su propia comunión persuadia que no era la religion el único motivo de su resistencia. Jacobo manifestó en esta ocasion una dureza que no era de esperar en un Príncipe naturalmente pacífico, y que mas era afeminado que violento. De suerte que puede decirse, que la efusion de la sangre católica en su reinado, fue obra de su

consejo y de sus ministros. Hizoles otra especie de guerra mas análoga á la pequenez de su alma. Ansiando ceñirse el laurel literario, tomó la pluma para justificar el rigor de sus ministros y de su parlamento. Encontró el literato coronado antagonistas á quienes no deslumbró el resplandor de la diadema, y que midiéndose cuerpo á cuerpo con él, osaron esperar la victoria sin mas auxilio que el temple de sus armas. Incurrióse por una y otra parte en ridiculeces y absurdos que unas veces divirtieron y otras escandalizaron á la Europa. Trató injuriosamente Jacobo á los católicos en general, y mucho mas al Pontífice y á la Silla romana. Ensalzaron escesivamente los doctores ultramontanos la potestad pontificia, y de aquí resultó que los dos partidos, en vez de grangearse el aplauso del público, como lo solicitaban, merecieron solo su censura.

9. La conducta de Paulo V desagradó en esta ocasion á muchas personas, pero fue generalmente encomiada la aprobacion que poco despues dió á la congregacion de nuestra Señora. No podia haber efectivamente cosa mas útil en aquellas circunstancias, que un instituto consagrado á la educacion de las personas del otro sexo, segun le habia proyectado madama de Estonnac, viuda del marqués de Mont-Ferrand. Cuando esta santa muger, favorecida muy de antemano con las bendiciones del cielo, recobró su libertad con la muerte de su marido, corrió á tomar el hábito al convento de las fuldenses, fundado poco antes en la ciudad de Tolosa. Retirada apenas

del mundo, fueron sus virtudes el modelo de las religiosas mas perfectas. Mas no correspondiendo las fuerzas del cuerpo al vigor del espíritu, tuvo que abandonar al cabo de seis meses un instituto, cuyas austeridades no podia practicar ya sin tentar al Señor. Retiróse á la ciudad de Burdeos, su patria, donde ocupaba su familia un puesto distinguido. Entre los males causados por la heregia en aquellas provincias, era el mas funesto la ruina de la educacion, principalmente del sexo frágil que tantos cuidados cuesta á los padres cuando tratan de separarle de su lado. La marquesa de Mont-Ferrand, ó para servirme del nombre que tomó modestamente cuando enviudó, madama de Estonnac, veía con dolor que unas niñas inocentes y dóciles estaban en poder de maestras calvinistas, quienes se habian apoderado de casi todas las escuelas del país. Intentó, pues, fundar una congregacion de religiosas, que, uniendo las funciones propias del celo al cuidado de su perfeccion, se ocupasen, bajo la proteccion de la Reina de las Vírgenes, en la direccion de aquellas plantas flexibles, que recibirian las buenas ó malas impresiones que se les diesen.

Aguardaba, sin manifestar á nadie su designio, el instante señalado por la divina Providencia para la egecucion, cuando los padres Bordes y Raimundo, jesuitas célebres por su celo y por los triunfos obtenidos contra el calvinismo, llegaron á Burdeos, donde no tardaron en conocer por sí propios la necesidad de cuidar de la educacion cristiana de las personas

del otro sexo. Examinaron sobre este punto á las señoras que tenían el concepto de mas piadosas, y conocieron fácilmente que la marquesa de Mont-Ferrand era la heroína destinada á restaurar la gloria de las hijas de Israel, y á formar unas madres de familia que en la generacion sucesiva hiciesen florecer las costumbres públicas. La marquesa estaba dotada de todas las cualidades necesarias para esta empresa, pues era respetada de todos, tenía suficientes bienes propios, una virtud acreditada, talento y don de gobierno. Presentaba un obstáculo la disposicion de Roma y de la corte de Francia, propensa á disminuir mas bien que aumentar el número de las instituciones religiosas. Mas el cardenal de Sourdis, que ocupaba la silla metropolitana de Guiena, allanó esta dificultad. Era éste uno de aquellos pastores que da Dios á su pueblo en los dias de su misericordia, un prelado comparable con los Cárlos Borromeos y con los Franciscos de Sales en la piedad, en la caridad pastoral, y principalmente en el celo por la restauracion de la disciplina eclesiástica y religiosa. Procuró persuadir á la marquesa á que restableciera otra comunidad que iba estinguiéndose en Burdeos, y á su parecer podia producir el mismo efecto que la nueva institucion que proyectaba. Mas ya sea porque despues reflexionase, que lo que podia hacer un convento aislado no tenía comparacion con lo que debia esperarse de una orden entera y alentada de su primitivo fervor; ó ya fuese una inspiracion divina, como lo persuadió su mudanza súbita, suscribió al punto á

todo lo que pedia la fundadora. No se trató desde entonces mas que de egecutar la bula de aprobacion que estaba impetrada.

Habiase ornado ya con el velo la fundadora, y nueve discípulas educadas en medio de los cuidados del siglo. El arzobispo las admitió á la profesion solemne, y desde aquella época, esto es, desde el año 1610, empezó esta orden á florecer de tal modo que toda la Guiena y las mejores ciudades de las provincias vecinas, pidieron á porfia algunas de aquellas religiosas. Esparciéronse poco despues con la misma celeridad por las provincias situadas al lado de acá del rio Loira, y luego al otro lado de los Pirineos, en Cataluña y aun en Castilla. La madre Estonnac, reverenciada siempre de sus hijas espirituales y de las personas seculares, exhaló el último aliento en una dichosa vejez con el consuelo de ver que reinaba su espíritu en todas sus casas.

Estas religiosas, las primeras que se obligaron con voto á la instruccion cristiana, fueron instituidas por el modelo de la compañía de Jesus, como lo espresó la fundadora en sus preces al Sumo Pontífice, pidiéndole permiso para seguir un instituto aprobado. Con este motivo dijo Paulo V al general de los jesuitas, que acababa de darles unas hermanas destinadas en la Iglesia á prestar á las personas de su sexo los mismos servicios que hacian ellos á toda la cristiandad. Tenian las dos órdenes unas mismas reglas en cuanto lo permite la diferencia de sexos. En la congregacion de nuestra Señora trascurren dos años de

prueba antes de la profesion, despues de lo cual se asciende por grados sucesivos en el discurso de diez años á la cualidad de madre. Las superiores son electivas y trienales. Practícanse exactamente la renovacion de votos, los egercicios anuales y la frecuentacion de sacramentos. El oficio de la Virgen rezado, con el rosario, dos horas de meditacion y otras tantas de lectura piadosa, ocupaban el dia con el trabajo de las clases y los egercicios domésticos.

10. Trascurrido algun tiempo, el padre Pedro Fourrier, canónigo reglar y cura párroco de Martincourt en Lorena, fundó en esta provincia una congregacion de religiosas, semejante á la de Francia, pero mucho mas estensa. Tambien reformó la congregacion de los canónigos reglares de San Salvador, de la que era individuo, dirigido principalmente por los consejos de su tio el padre Fourrier, jesuita. Por eso el modo de vivir de estos religiosos y el de los jesuitas tienen toda la semejanza que permite la diversidad de sus funciones. Presentó el piadoso fundador en el gobierno de su parroquia de Martincourt el modelo de un pastor perfecto, y sus insignes virtudes merecieronle ser inscrito en el número de los bienaventurados.

11. Perdió en este mismo año de 1607 la congregacion de la doctrina cristiana á su piadoso fundador César de Bus, cuyas escelsas virtudes merecian ya la palma de los cielos. Murió en la casa de Aviñon con los grandes sentimientos de piedad que le habian distinguido desde que se consagró todo á Dios. Los

varios prodigios obrados poco despues por su intercesion, y la general fama de santidad que disfrutó durante su vida, causaron tanta impresion en los ánimos de los fieles, que, sin esperar la sentencia de la santa Sede, le dieron públicamente el título de beato. Trabajaron despues para hacer que le tributasen este honor con todas las formalidades canónicas, y ya se le ha declarado venerable.

12. Murió tambien en el mismo año Santa Magdalena, de la ilustre casa de los Pazzis, á los cuarenta y un años de edad, y veinticinco de ser víctima inocente de la penitencia en el órden austero de las carmelitas. Su sacrificio fue recompensado en este mundo con una sublimidad de oracion que la hacia gozar en este valle de lágrimas las delicias de la vida celestial, y con todos los favores mas extraordinarios del divino Esposo. Mas temiendo ser vencida su generosidad, tuvo siempre sus mayores delicias en las humillaciones y los tormentos. Prefirió la cruz á la corona de la inmortalidad: y si otros Santos ansiaban morir para unirse con su Dios, Magdalena pedia la prolongacion de su destierro á fin de padecer por él. Mostróse su santidad durante su vida con infinitos milagros. Fue beatificada veinte años despues de su muerte, y canonizada en 1669.

13. No presentaban estos espectáculos la Alemania ni las demás regiones del norte, inficionadas con la heregía. Habian intentado en vano los Príncipes religiosos de la casa de Battori restablecer la Religion católica en Transilvania, ó poner por lo menos algun

freno á los progresos del luteranismo y del arrianismo. En vano habian establecido allí misioneros jesuitas, como un dique con el cual se prometian contener aquella inundacion. Habiendo pasado la Transilvania, en virtud de la cesion de Segismundo Battori, á manos del indolente Emperador Rodulfo II, apoderóse de ella Estévan Botskai, noble húngaro, y obligó al Emperador á concluir un tratado, cediéndola para sí y para su posteridad masculina. Era consiguiente á la de la Religion la suerte de los jesuitas en aquellas tierras heréticas. Fueron arrojados de ellas tres ó cuatro veces en el espacio de veinticinco años, y los volvieron á admitir otras tantas, segun que los Príncipes profesaban la fe ó el error. Habia sido destruida en 1603 por los arrianos la casa que tenian en Clausemburgo. Arrojólos de todo el principado dos ó tres años despues el protestante Botskai. Despues de la muerte de este usurpador, que no dejaba hijos, consintió Rodulfo en nombrar por sucesor suyo á Segismundo Ragotski, y reunidas las córtes confirmaron todo lo resuelto por Botskai contra los jesuitas. Ragotski, que, aunque calvinista era hombre recto y moderado, ordenó espedir á su favor un decreto, en que se decia que se los habia despedido solo por haberlo deseado así los que profesaban una religion contraria. Acabó Gabriel Battori, indigno de este nombre, de arruinar en aquella desgraciada provincia la religion romana, y no volvió á restablecerse hasta fines del siglo diez y siete por el Emperador Leopoldo.

No bastaban estos triunfos para la confusion de la imperiosa y turbulenta altanería de los hereges. Desde el fatal tratado de Passau, que estableció un equilibrio entre el partido protestante y el católico, dando una existencia legal y sólida al luteranismo en Alemania, habiase experimentado en este imperio lo que acontece siempre con estos pactos y composiciones en materia de fe; esto es, que hallándose descontento cada partido, recurrió á las turbulencias y artificios para limitar los derechos del partido contrario, y estender los suyos propios. Habiendo sucedido Fernando I á Cárlos V, no pudo hacer otra cosa mejor, como lo egecutó constantemente, que gobernar con tanta moderacion como equidad. Maximiliano, su hijo y sucesor, trató del mismo modo de evitar los disturbios que pudieran suscitarse en el imperio. En tiempo de Rodulfo, hijo de Maximiliano, en tiempo del indolente Rodulfo, que vivia menos como Emperador que como un particular ocioso, rodeado todo el dia de químicos, pintores y torneros, lisongeáronse los Príncipes del imperio con la esperanza de conseguir una independenciam absoluta, puesto que ni le temian ni le estimaban, y que miraba sus disensiones con la mayor indiferencia.

14. Ofreció á los Príncipes protestantes la muerte del duque Juan Guillermo de Cleves, la ocasion de formar una faccion nueva y mas ruinosa que todas las precedentes. La Alemania fue por espacio de treinta años el teatro de una guerra horrible que abrasó insensiblemente á toda Europa, y que apenas tuvo

fin despues de una negociacion de diez años, con el famoso tratado de Westfalia. Reanimó entre los protestantes el elector palatino, á los primeros movimientos que escitó la sucesion vacante del duque de Cleves, los ódios que estaban ya amortiguados con el tiempo, y consiguió una liga formidable. Bloqueado, por decirlo asi, en medio de sus estados por los Príncipes católicos que le cercaban de todo punto, tenia mas que temer que otro alguno. Habiéndose por otra parte hecho calvinista despues de haber sido luterano, temia de continuo que se le disputasen los privilegios concedidos solo en el imperio á los que profesaban la confesion de Augsburgo. No le fue difícil inspirar desconfianza en unos ánimos que estaban acibarados entre sí muy de antemano, y logró que muchos Príncipes y estados protestantes se uniesen con él para su defensa comun.

15. Este principio tuvo la confederacion protestante, á la que dieron el nombre de union evangélica. Entraron en ella la mayor parte de las ciudades imperiales, con gran número de Príncipes, siendo los mas considerables el landgrave de Hesse-Cassel, el duque de Wirtemberga, el marqués de Baden-Durlach y el Príncipe de Anhalt. Como la tal confederacion era obra del elector palatino Federico Augusto, fue declarado gefe de ella. Murió poco despues trasmitiendo este título á su hijo Federico V; herencia fatal, que causó la pérdida de todas las demás, y le despojó del título de elector.

Consternados con esta union sediciosa los estados

de la comunion romana, formaron otra confederacion llamada la liga católica. Entraron en ella Maximiliano, duque de Baviera, á quien nombraron gefe bajo la autoridad del Emperador, los tres electores eclesiásticos, el arzobispo de Saltzburgo, los obispos de Bamberg, Wirtzburgo y Auhstedt, los archidukes de Austria y otros muchos Príncipes del imperio. Quisieron despues que se les admitiese el Papa, el Rey de España y varios Príncipes estrangeros. Lo mas particular es que se declararon á favor de ella el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse-Darmstadt, aunque eran protestantes. El primero, porque tenia celos del elector palatino, nombrado gefe de la union evangélica; y el segundo, porque ansiaba congraciarse con el Emperador á causa del señorío de Marpurg, cuya posesion disputaba al landgrave de Hesse-Cassel.

Tal era en la reforma el celo de la religion, subordinado siempre á las pasiones y á los designios humanos. El elector de Brandemburgo, acantonado lejos de la fermentacion y del peligro, en el extremo de Alemania, abrazó á lo menos por algun tiempo el partido de la neutralidad. Eran en extremo superiores las fuerzas de los católicos, y si el Emperador hubiera sabido utilizar su ventaja, no habria tenido dificultad en destruir la confederacion protestante. Pero necesitaba Rodulfo causas mas poderosas para despertar de su letargo.

16. No obstante de que el elector de Brandemburgo no habia accedido á la union, promovia los

derechos que juzgaba tener al ducado de Cleves, y habiendo interesado á su favor las provincias unidas de los Países-Bajos, el duque de Neuburgo, que era su competidor principal, procuró buscar el apoyo de algun enlace poderoso, y casóse con la Princesa Magdalena, hermana del duque de Baviera y del elector de Colonia. Abjuró este Principe el luteranismo algunos meses despues, y parece que abrazó con sinceridad la comunión romana. Podia de este modo contar de seguro con el auxilio de la confederación católica y con la protección del Emperador, no menos que con el apoyo de los españoles, interesados en abatir á las provincias unidas. No impidió la tregua de doce años, ajustada algun tiempo antes entre España y Holanda, que los generales de estos dos estados, como auxiliares, el uno del elector de Brandemburgo, y el otro del duque de Neuburgo, ocupasen muchas plazas en los dominios de la sucesión que se disputaban los dos competidores.

17. Esta famosa tregua, ajustada en el año de 1609, colocó á la república de Holanda en el número de los estados soberanos de Europa. Una guerra de mas de cuarenta años, en que por una y otra parte se procedió con el mayor tesón, redujo á la carencia de hombres y de dinero á los españoles y á los holandeses, teniendo que recurrir á una negociación principiada en el Haya. Los mayores Principes de Europa, donde esta revolución producía una mudanza tan considerable, enviaron allá sus ministros. No pudieron recabar de la corte de España el que renunciara

para siempre la soberanía de las provincias unidas. Pero se ajustó una tregua mas firme que una paz ilimitada, y poco menos ventajosa á la nueva república. Quedaba reconocida por el primer artículo como independiente y soberana. Debía conservar cada uno las ciudades que ocupaba, y se concedía á los holandeses la libertad de hacer el comercio de las Indias. Arrojó por el mismo tiempo de su reino Felipe III á todos los vasallos de raza morisca, en número de cerca de novecientos mil hombres: providencia que sufrió mil dificultades antes de su ejecución, pero que libertó á la España de mil inquietudes y disturbios (*).

(*) Constante siempre Felipe III en procurar la paz á sus vasallos dentro y fuera de la España, resolvióse á hacer el sacrificio que exigía de él la tregua de diez años con las provincias unidas; mucho mas cuando la prolongación de aquella guerra lejana y tan ruinosa para la metrópoli, hubiera sin duda acelerado la decadencia de su grande monarquía. Ajustada la tregua, puso un particular cuidado en conservar la buena correspondencia con los demás Principes, y especialmente con la corte de Francia: medidas dignas de un Rey amante de sus pueblos, y que produjeron por entonces una felicidad, tanto mas notable cuanto los españoles acababan de salir de un reinado fecundo en rebeliones y en guerras. Sin embargo, para asegurar del todo la tranquilidad en sus estados, le quedaba mucho que hacer: los moriscos establecidos en España, que habian abrazado el cristianismo mas bien por interés particular que por verdadera conversión, parece que estaban en inteligencia con los africanos para procurarles una segunda invasión. No se ocultaban al Rey estas tramas, y por lo mismo trató de dar oportuno remedio á las desgracias de que se veía amenazada la nación. A este fin convocó varias veces el consejo para que deliberase sobre el modo con que debía procederse contra los moriscos; y aun manifestó su intención de arrojarlos de España.